



Nómadas

ISSN: 1578-6730

nomadas@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid
España

Vericat, José
TWITTER EN LAS NOTAS DE C. S. PEIRCE
Nómadas, vol. 37, núm. 1, enero-junio, 2013
Universidad Complutense de Madrid
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18127803013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

TWITTER EN LAS NOTAS DE C. S. PEIRCE¹

José Vericat

EMUI_ Universidad Complutense de Madrid

http://dx.doi.org/10.5209/rev_NOMA.2013.v37.n1.42566

Resumen.- Para CSP (C.S.Peirce) la difusión de la imprenta en el XVI da lugar a que la lengua anglo-sajona, básicamente fonética, evolucione hacia dos idiomas radicalmente diferentes: el inglés escrito, basado en una ortografía estable, y el hablado, en torno a la idiosincrasia fonética. Este último da lugar a la creatividad del conversacionalismo. En este artículo se argumenta que la mención del término *twitter* por CSP hay que entenderlo en este contexto en el sentido de las *palabras aladas* del lenguaje homérico.

Palabras clave.- C.S. Peirce. Lengua inglesa. Ortografía y fonética. Habla. Escritura. Imprenta. Cajista. Corrector de pruebas. Conversacionalismo. Twitter. Platón. Cratilo. Nebrija. Palabras aladas y no-aladas. Lenguaje periodístico. Club Metafísico.

Abstract.- For CSP (C.S.Peirce) the appearance of the printing press in the 16th-century means that Anglo-Saxon, a fundamentally phonetic written system, evolves into two radically different languages: written English with fixed spelling rules, and the spoken idiom depending on the idiosyncratic particularities of the speakers. Such spoken practices give way to the creative process of conversationalism. This article argues that CSP's use of the term *twitter* must be understood in this context, as related to the "winged words" of Homeric language.

I

En el principio existía el *Verbo*. Así se inicia el *Evangelio* de San Juan. *Verbo* como traducción del sustantivo griego *logos*, cuyo verbo *legein*, con un mayor espacio semántico, abarca *hablar*, *decir*, *explicar*, etc., incluso *razonar*, y desde luego *nombrar*. A lo que San Juan añade: y el Verbo *estaba* en Dios, y el Verbo *era* Dios..., enlazando de alguna manera con la imagen así mismo inicial del la creación en el *Génesis*, en la que Dios crea las cosas *nombrándolas*.

A imagen de ello solemos también definir lo esencial del género humano por su peculiar lenguaje - iniciático - de la *palabra*. Aunque su naturaleza sea obviamente muy otra que la anterior - la del verbo del Verbo. Los *poetas*, o mejor los *hacedores*- que no en balde derivan su nombre del griego *poiesis* - cual Prometeos dispuestos a robar el fuego sagrado de los dioses, fuerte y necesariamente *narcisos*, suelen recordárnoslo con frecuencia; porque de ellos es el monopolio de la manipulación - en el sentido artesano - de la palabra - de la palabra como voz. En contraposición a los prosistas -digamos, al otro extremo del espectro - centrados más bien en la *escritura*, o en el puro relato como *ficción*. Con la paradoja de que si bien Dios crea las cosas nombrándolas, el lenguaje humano eleva un espeso velo entre la palabra y la

¹ Texto presentado en el "XXVII Congreso Nacional e Internacional de Lingüística, Literatura y Semiótica". Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia - Tunja 2012

cosa, entre palabra y objeto, y, sobre todo, entre habla y pensamiento, de halo un tanto misterioso. Podemos avanzar ya que el término *twitter* que da título a este artículo se mueve en estas aguas procelosas del lenguaje, que ni de lejos es sólo, ni principalmente, lo escrito.

Ya Platón, en su *Cratilo*, aborda tempranamente esta cuestión con sus modos falsamente dialogales - veremos la crítica despiadada que le dirige Peirce - en el que a medida que avanza gana más en galimatías que en claridad, conduciendo al lector a toparse a la postre con la misma puerta de entrada que al principio, en un inacabable sin fin. De hecho, ya en los albores de la modernidad, Shakespeare replantea la vieja cuestión con una frase no por célebre y manida menos contundente: “¿Qué esconde un nombre?” La fórmula tal cual el inocente personaje de Julieta en la famosísima obra sobre los amantes de Verona. Aun cuando la pregunta pertenezca al largo acerbo de cuestiones filosóficas sobre las que los humanos no hemos parado de preguntarnos. ¿Es un nombre una convención, o está vinculado a la naturaleza de las cosas?

Con este problema de fondo, instalado en el subconsciente de las lenguas, el *logos* que las agita - como dice Peirce - viene bifurcándose desde los orígenes de nuestra civilización en una doble tradición: la griega, para la que *logos* es razón, y la hebrea, para la que *logos* es palabra, voz. Una doble referencia que a su vez viene a determinar en buena medida el desarrollo y articulación de nuestras lenguas indoeuropeas en torno a dos ejes: el ortográfico y el fonético, el de la escritura y el del habla.

Los poetas, ciertamente, han tratado siempre de puentear una tal polarización. Hasta cierto punto, podría decirse que es ello lo que define su razón de ser - tanto de la poesía como del poeta. La tarea del poeta parecería así responder a lo que Antonio de Nebrija (1441-1522), escribe, de que sólo “a quienes se adentren al interior de este recinto sagrado [el de lo gramatical y lo fonético] se les manifestará la sutileza de la realidad.” Aunque ello no significa ni de lejos que acierten.

II

El problema de esta doble y misteriosa conexión ortográfico-fonética es lo que vamos a abordar aquí, de la mano de Charles S. Peirce (1839-1914), padre de la moderna Semiótica. Peirce escribió la intemerata sobre escritura y fonética. Aunque, como es sabido, publicó poco; o mejor, relativamente poco, en proporción a la enormidad de manuscritos que dejó tras su fallecimiento. En el caso de la temática nuestra aquí, su única publicación fue una investigación, realizada en colaboración con un amigo suyo, sobre la *pronunciación* inglesa en la época de Shakespeare, a fines por tanto del XVI y principios del XVII. Publicación aparecida en 1864, siendo él aún muy joven - lo que indica sus precoces intereses por el tema - en la *North American Review*, una muy importante revista entonces. El tema sin embargo no lo abandonaría ya prácticamente en toda su vida, dedicándole - según el mismo confiesa - cuarenta largos años de la misma.

Sus manuscritos al respecto son propios de un obseso del tema. Redacciones múltiples de un mismo párrafo o página, listas y listas de términos los más diversos, en busca de dar con sus precisas escrituras fonéticas, mezclado todo ello con su obsesión clasificatoria de palabras y temas. Obsesión en suma por la ortografía inglesa y su *legibilidad*. Para él, como vamos a ver, razón es ta explicativa, ya por entonces - en la segunda mitad del XIX - de la expansión del inglés como lengua comercial. Pero a la vez tremendamente crítico con los fuertes intentos, también entonces, por fonetizar la ortografía inglesa, a lo que Peirce se opone firmemente, y en función de lo cual va a desarrollar una curiosa interpretación sobre los efectos del descubrimiento de la imprenta en la hasta el momento fuertemente fonetizante ortografía anglo-sajona. A partir de ahí, como vamos a ver, derivaría Peirce sus concepciones no ya sobre las relaciones entre ortografía y fonética, sino de manera más general sobre la naturaleza de la escritura y del habla como medios de comunicación.

Peirce no era desde luego el primero en percatarse del papel decisivo de la imprenta en relación al desarrollo de las lenguas occidentales; y de manera específica en lo que respecta a la relación interna entre lo ortográfico y lo fonético. Lo teorizó ya, para el español, primero que todos, el mismo Nebrija, que apuntaba a una relación que vendría a alterar no ya al papel de la lengua en lo que respecta a las relaciones de comunicación entre los seres humanos, sino también en profundidad al desarrollo del pensamiento mismo como tal.

Lo que ante todo interesaba a Peirce - frente a los detractores entonces de la ortografía inglesa - era demostrar que la lengua -la predominantemente fonética de los anglosajones - se convierte en claramente ortográfica gracias a la imprenta, es decir, se hace fácilmente reconocible y legible gracias a dos nuevas características, propias del nuevo medio de producción que es la imprenta, a saber, 1. en “virtud de la peculiaridad del producto impreso,” - es decir, de la página impresa, que no, curiosamente, del libro; mientras Nebrija identifica certeramente en el nuevo producto surgido de la imprenta: el *libro*. Y 2. en virtud de “la peculiaridad del proceso productivo de impresión.” Lo primero afecta a la estabilidad *visual* de las palabras, a la vez que permite la corrección sin límite de las páginas, sin que ello afecte a la estética, ni tampoco a la legibilidad de los textos, que así evitan acabar embadurnados de tinta por las correcciones manuales. Lo segundo, como veremos más detenidamente, afecta a la estabilidad y estandarización ortográfica del lenguaje, alejándose de la dificultad que comportaba transcribir de manera uniforme y legible el fonetismo de las palabras con anterioridad a la imprenta. En suma, a la base de ambas circunstancias tiene lugar un hecho revolucionario: el del paso del copista - propio de la cultura de los manuscritos - al cajista y al corrector de pruebas, las dos fuerzas de producción que tipificarán el nuevo medio de producción de la imprenta. Peirce, curiosamente para un filósofo y científico como él, describe la nueva tecnología claramente en términos de un nuevo modo de producción, y, en este sentido, como un negocio, en el que el salario está ligado a la productividad de ambos tipos de especialistas: el *cajista*- que no necesita tener “la ardua precisión de un antiguo copista”, sino “una muy buena habilidad manual,” y el *corrector de pruebas*, de quien depende, como veremos, la estandarización del trabajo de aquél.

No deja de ser un tanto chocante ver a un pensador, científico y matemático como Peirce explicarse en términos de medios de producción y de salarios, a la

hora de dar cuenta de los cambios en la ortografía y la fonética del lenguaje. La habilidad - dice - no sólo es diferente en los diferentes seres humanos, sino también en la misma persona, según sea su condición corporal y mental a cada momento. Por lo que - concluye - la sola base sobre la que calcular su remuneración no es otra que la cantidad de material producido; o, modernamente dicho: la productividad. Y es a ello lo que se reduce el problema técnico central de la imprenta como nuevo medio de producción.

En efecto - nos explica Peirce - exigir del cajista, bajo las nuevas condiciones laborales, que consiga sin más la “conformidad literal” respecto del original a imprimir del autor, es demasiado pedir. Ya que ello requeriría que el cajista tuviese que leer el texto original *palabra a palabra* con objeto de comprobar lo fidedigno de la página compuesta respecto de lo escrito por el autor. Un trabajo “demasiado lento y consecuentemente demasiado costoso” - monetariamente hablando. De ahí que la sola salida económicamente viable para la cajista - continua diciendo Peirce - sea leer un fragmento del original del autor, para, a partir de las enseñanzas ortográficas del mismo, proceder a componer el entero texto. Ahora bien, esto es algo que no resulta viable de depender de las solas manos del cajista. Y ahí entra en juego la nueva división del trabajo: entra en escena el *corrector de pruebas*. Cuya función va a ser la de conseguir que el trabajo del cajista se limite al mero desarrollo de su habilidad manual. El corrector de pruebas va a ser quien establezca los criterios a seguir por el cajista en su transcripción ortográfica del texto original del autor - dejando incluso de lado los criterios ortográficos que éste haya seguido en el texto original. La función del corrector de pruebas será pues la de establecer un criterio consistente y uniforme de juicio; o lo que es lo mismo, un criterio propio y estable de ortografía que guíe la actividad del cajista. Lo que tendrá como efecto no sólo superar el dominante caos fonético anglo-sajón, sino dejar de lado a tal respecto las manías propias de cada autor.

A estos efectos a los correctores de pruebas se les supone un cierto bagaje cultural - y, específicamente, lingüístico. Pero no demasiado. Peirce dice que, por supuesto, debían tener conocimiento del inglés; y desde luego también del latín - aunque sin gran profundidad - ya que por entonces buena parte de los libros publicados aparecían aún escritos en esta lengua clásica. Bastaba con un cierto barniz. En sentido estricto, si al cajista se le suponía la *habilidad manual*, al corrector de pruebas se le suponía un *ojo de lince*, necesario para detectar con rapidez los más pequeños detalles a corregir en el texto compuesto por el cajista. Ahora bien, sólo con ello no se solucionaba el problema de coste excesivo de un tal trabajo, y el encarecimiento del producto, hasta hacerlo inviable. La salida a un tal dilema requería de una cierta imaginación, hasta el punto de encontrarse donde parecía en cierto modo más absurda, a saber, en que el corrector de pruebas conformase su propio sistema ortográfico, por muy primitivo que fueses, como criterio de actuación del cajista.

Esto - dice Peirce - es lo que hizo que, a modo de irracionalidad de los efectos, se introdujese como sin querer una ortografía estable y de fácil lectura, alejada a la vez de todo intento de imitación fonética, como independiente de la de la propia del autor. Los autores quedaban así en manos del cajista y los correctores de pruebas, y ambos del editor; ya que si el autor se empeñase en que el cajista se ciñera a lo por él escrito, tendría que asumir los costes del libro, a lo cual por lo que parece nadie parecía dispuesto. La consecuencia fue

la de que cada imprenta estableciese en un primer momento su propio sistema ortográfico.

Todo ello lleva a Peirce a proclamar lo aparentemente paradójico de un tal proceso en los siguientes términos no menos paradójicos: “La ortografía no es un producto *natural*, es decir, no es un producto involuntario del subconsciente del hombre, sino la *invención* de un grupo de *ignorantes*.” Con ello Peirce se enfrentaba al *establishment* de los lingüistas de la época, que masivamente eran partidarios de la fonetización de la lengua inglesa, es decir, de acercar su ortografía a la fonética de la lengua hablada. Aquellos lo justificaban en función precisamente de que la ortografía inglesa surgida con la implantación de la imprenta había sido el producto de unos ignorantes, lo que para Peirce, por el contrario, era prueba justamente de su virtud. “Y ¿qué otra cosa es la misma fonética?” –les espetaba éste – aludiendo precisamente al origen colectivo, popular y anónimo de la viva voz. Buscando así resaltar y valorar el hecho ortográfico como “el resultado de la preferencia de una enorme cantidad de gente, y no el producto del capricho individual.” En conclusión – afirma Peirce – el lingüista debiera favorecer el desarrollo de la ortografía, no en el sentido del lenguaje hablado, sino en el de la *legibilidad*, ya que ésta es justamente la función de aquella. El objeto de la ortografía es hacer las palabras reconocibles, o más exactamente, en buena semiótica, hacerlas reconocibles, y ello, causando “la mínima distracción en la atención del lector respecto de la substancia de lo que lee.” Lo cual supone una ortografía basada en el criterio de una *simplificación representativa*, alejada por tanto de todo fonetismo, cuya ortografía, compleja y enormemente variable, hace difícil y lenta la actividad de la lectura. El horizonte de la moderna ortografía residiría así en tratar de asociar, lo más directa e inmediatamente posible, la palabra visible a su significación, es decir, a la idea expresada. Lo que, por lo mismo, conlleva a su vez a relegar la conciencia auditiva en la lectura. El fenómeno de que la palabra impresa suscite directamente en la mente del lector el pensamiento de su significado, es algo que Peirce califica como de *incalculables consecuencias* para el futuro de la letra impresa. El mejor estilo de escritura – dice Peirce – es así aquel que con más fuerza repele la atención del lector hacia el pensamiento. Insistiendo a este respecto en la importancia de la *convencionalidad* ortográfica. La ortografía – escribe – cuanto más convencional mejor.

Todo ello – dice Peirce – está al origen de que el inglés escrito y el hablado se hayan constituido como dos lenguas o dialectos totalmente separados e independientes el uno y el otro. Tanto en su práctica como en sus respectivas lógicas de desarrollo. Así, mientras las gramáticas de la lengua impresa apenas difieren unas de otras, las del habla o conversación resultan enormemente variables y libres. Muchas palabras y locuciones usadas en el habla estarían fuera de lugar de usarse en un libro – y a la inversa. Los modos de construir las frases en la escritura y en el habla son por lo mismo muy diferentes. Y lo mismo ocurre en lo que respecta al *ritmo* de las frases –no menos que en el vocabulario. Y lo que es más curioso aún, en contra de lo que pueda parecer: casi nadie intenta escribir valiéndose de frases habladas. Y los que lo intentan – dice – fracasan, ya que de hecho no hacen otra cosa que *imitar* el lenguaje hablado. Peirce llega a afirmar que es imposible trasponer a la escritura lo que

se habla tal como se habla. La fonética es intraducible en escritura. Lo uno está en las bocas de las gentes y lo otro en el papel. Peirce aporta ejemplos clásicos que pasan por haberlo logrado: De Foe, Bunyan, Shakespeare. Pero Peirce lo rebate. Dramaturgos y novelistas son conscientes de ello. En todo caso, lo cierto es que desde finales del XVI - afirma y reafirma continuamente - la ortografía inglesa apenas ha variado, mientras que la fonética, la pronunciación, se ha ido modificando profundamente.

III

Con todo al reivindicar la importancia del lenguaje escrito, por su fijeza y estabilidad, es decir, como lo propio de las cosas que han de ser expresadas de una vez por todas - sea el pensamiento, sea el conocimiento - Peirce está lejos de querer dinamitar el valor del lenguaje hablado. Nada más lejos de su mente, ni de sus planteamientos filosóficos. Todo lo contrario. Sale al paso de ello de manera explícita y sin ambigüedades: “¡Entiéndanme! - exclama tras todo lo dicho sobre el lenguaje impreso -estoy lejos de menospreciar el dialecto hablado. Este es tal como debiera ser. Su *plasticidad* se ajusta a aquello para lo que existe: expresar las cosas del día a día. Y mi deseo es que la gente cultive la charla idiomática y *no-imprimible*, dejando que la lengua vernácula adopte las formas bellas y artísticas hacia las cuales tiende a crecer por su natural gracia y vivacidad.” De forma compacta y abreviada, Peirce expone las que para él son las características fundamentales de la lengua como lugar de creatividad: a la vez también que sale al paso de los peligros que la acechan. Peligros que - tal como dice en este mismo contexto – proceden precisamente - y como paradójicamente - “de las espantosas importaciones del inglés literario, no menos que de sus espantosas jergas.”

Y lo que dice del lenguaje hablado en general, lo repite casi con las mismas palabras de lo que llama “el gran y raro arte de la *conversación*, el más atractivo, más vivo, más potente de todas las bellas artes, que para su desarrollo depende de la plasticidad de la lengua hablada, no menos que de mantenerse libre e independiente del lenguaje impreso -más *masculino*.” Ello no quiere decir que a su vez se refiera al habla como *femenina* de carácter. Aunque lo cierto es que le aplica adjetivos estrechamente asociados tradicionalmente a este sexo - como cuando habla de “esta bella y delicada flor de la lengua vernácula.” Incidiendo en ello al comentar que una tal *flor* - la lengua vernácula o hablada - no resistiría el “adusto proceso de la *autoría*”. Un término éste- el de *autor* - muy curioso e importante en él, en tanto asociado al lenguaje impreso como impostura. Lo que hay que entender en la línea del pensamiento de Peirce, para quien los procesos del saber y el conocimiento son en lo fundamental procesos colectivos y públicos - más que privados. Para él la inteligencia “no es algo que pertenezca a persona alguna, sino algo de lo que se participa, un tipo de luz, en el que toda mente percibe.” Y lo mismo con la razón, que no puede llamarse una facultad, “sino más bien una luz, de la que disfrutamos, pero cuya fuente no está en nosotros, ni tampoco en ningún individuo, como para poder denominarla mía.”

Lo que está insinuando Peirce con su crítica aquí de la *autoría* es que la lengua hablada, en contraposición a la escrita e impresa, participa en lo esencial de una genealogía de tipo colectivo. Y que la reivindicación de la idea de autor respecto de la lengua impresa encierra una fuerte impostura. No olvidemos que, antes, al hablar del papel de la imprenta, y, dentro de ella, de los *cajistas* y los *correctores de pruebas* como forjadores de la nueva ortografía inglesa, Peirce insistía en el hecho de que se trata de un esfuerzo de grupo -de una enorme cantidad de gente - y en modo alguno de producto del capricho *individual*. Lo individual - para él -difícilmente puede dar lugar a giros tan radicales en procesos históricos del calibre de la aparición de la imprenta. Aunque sí acepta el hecho de personalidades que arrastran a grupos de admiradores, dando lugar a un seguidismo - de vastas consecuencias a veces - como p. e., en el campode la moda, otambién - como veremos - en el del habla. Si bien, a este respecto, es implacable, al advertirde que “la gracia y el encanto del *habla*(speech), de la *charla* (chat), desaparece en cuanto trata de *imitar* a los libros, o - algo más terrible aún para él – en cuanto adopta un estilo periodístico (*newspapery*). Un término éste, al que alude recurrentemente con diferentes variantes del mismo, en tanto expresión del peor calificativo y peligro en el que puede incurrir el habla al tratar de imitar el lenguaje impreso. Para Peirce es la expresión del peligro al que abocan todos aquellos que se proponen “hablar como un libro.”

Una idea más precisa de lo que pretende decir en aquellos momentos - durante el último tercio del XIX -con una tal crítica de la escritura periodística puede derivarse de la ácida crítica que dirige a la crecientemente imperante “semi-cultura de las letras - suficiente como para hacer que gusten los periódicos del Domingo – y que tiende a hacer que la gente modele su *habla* (speech) conforme a lo que ve impreso” Concluyendo: “Ninguna tendencia podría ser tan vulgarizante.” La *apoteosis* de un tal estilo periodístico opera - según Peirce - en base al engañoso principio de que el lenguaje de una persona no debiera atraer hacia sí atención alguna, es decir, que debiera pasar como anónimo; cuando, precisamente, para lo que está hecho es para llamar, ante todo, la atención, y si bien no hacia sí - hacia el autor como tal - sí hacia el pensamiento. Lo que vendría a ser una suerte de crítica del lenguaje periodístico como ideología del momento. Ahora bien, en un tal contexto de corrupción del lenguaje hablado por *imitación* del impreso- escribe Peirce - hay que confiar en la tendencia *natural* del habla a emanciparse por sí misma de los libros. Algo que a muchos pudiera escandalizar, pero que - para él - pertenece a la esencia, la función y el sentido del lenguaje hablado – lo que justifica íntimamente los fenómenos de la conversación y las charlas.

IV

Entremos pues ya, específicamente, en el análisis que Peirce hace del *habla* (speech) - bien como *conversación*, bien como *charla* (chat). Ambos dialectos - el impreso y el hablado - son por igual necesarios. Si bienpara sobrevivir y ser efectivos en sus respectivos ámbitos y objetivos han de respetarse mutuamente. Peirce va a pasar a identificar ahora las respectivas

características de ambos lenguajes en función de dos expresiones tomadas del lenguaje homérico, y que surgen en su correspondencia con su amigo William James. Se trata de los conceptos griegos, de origen homérico, *palabras aladas* (επεα πτεροεντα) y *palabras no-aladas* (επεα απτεροεντα). Las segundas, las *palabras no aladas* (*unwinged words*) se adecuan al lenguaje escrito o impreso, en tanto constituido como un idioma “más robusto y tiránico” que el del *habla*, y por lo mismo como el adecuado para valerse de palabras adecuadas para expresar lo que sucede de una vez por todas, y en especial, como ya hemos visto, lo relativo al pensamiento y al conocimiento. Por el contrario, para el caso del *habla*, “hasta que las cosas no se revolucionen totalmente, las expresiones (*utterances*) de la lengua (*tongue*) serán *palabras aladas* (*winged words*) adaptadas a los propósitos del momento, cambiando su forma de generación en generación.” Y tras comentar a James el cuidado que hay que tener con el lenguaje ya en uso, no forzando en exceso la nueva creación de términos a partir del mismo, le propone las siguientes términos como traducción de los términos homéricos arriba citados: *planetic* (errante) para *palabras aladas*, y *aplanetic* (sedentario) para *no-aladas*; o sus equivalentes en inglés, *volatile transient* (pasajero) y *sessile* (sedentario) respectivamente. Teniendo en cuenta que *alada* es el *habla* y *no-alada* la *escritura*, y que el significado de *twitter* propuesto por Peirce como fórmula del *habla* equivale con bastante precisión a *planetic* (πλανητης) – propuesto por él a William James para *palabras aladas*.

La fuerza del *habla* (*speech*), en efecto, reside en la *frescura* de sus *formas* – o de su *fraseología*, según dice en una posterior redacción del mismo texto. Que Peirce, al referirse al lenguaje del habla, se valga de términos como *palabras aladas*- o *frescura* de *formas*, *fraseología*- es altamente significativo. De momento se refiere a relaciones tales como que “los sentimientos modificados se expresan en *sonidos* modificados.” Por lo que es fácil entender - como dice Peirce - que «cada comunidad, cada clase de la sociedad, cada pandilla, cada familia, tenga sus modos propios de charlar.» El lenguaje del habla se caracteriza así por su variabilidad, receptibilidad e impresionabilidad. Es el más adaptado a los propósitos del momento -al igual que el de la escritura se caracteriza por su profunda estabilidad. No en balde la pronunciación - dice Peirce - cambia mucho más rápidamente en el lenguaje del habla que la ortografía en la escritura. Una tendencia, por lo demás - la de la discrepancia entre la ortografía y la pronunciación - que en el inglés tiende a ampliarse. Cada grupo social tiene su propia pronunciación; hasta el punto incluso de no llegar a poder entenderse entre ellos. Y aun cuando pueden resultar inteligible a nuestro entendimiento exterior - en virtud de características, que no son las solas de la pronunciación bucal, sino otras específicas de la gestualidad corporal - lo cierto es que con todo pueden llegar a carecer de la suficiente *resonancia* en nuestras mentes. Las diferencias en la pronunciación de una vocal pueden ser infinitesimales. Por lo que- dice Peirce - la posible descripción de los caracteres físicos o bucales de los sonidos en la conversación ordinaria no deja de ser un *desiderátum*. Por no hablar ya de los enormes matices que pueden darse en la pronunciación incluso de una misma palabra.

Nada es más tabú en la buena sociedad que una charla *pedante* (*bookish*); mientras que una incisiva *jerga* (*slang*), o novedades en la moda de la

pronunciación, son marcas o indicadores de la familiaridad de uno con todo aquello que suena a ocioso y elegante. Y cuando el desarrollo de los acontecimientos pasan a dar importancia a estos nuevos giros, estos acaban por ser imitados por los admiradores de aquellos que los han promovido. La frescura y la plasticidad que caracterizan al lenguaje del habla no supone con todo que el tal lenguaje no tenga un núcleo sólido e indestructible; aun cuando en la superficie parezca de una inquietante fluidez. En todo caso, de hecho, y contra toda apariencia - insiste Peirce - lo que se imprime nunca se habla, nunca puede ponerse en palabras habladas; y a la inversa, el habla es in-imprimible. “Nadie sabe mejor que un dramaturgo o un novelista - escribe Peirce - que la gente realmente no *charla* de la manera en que se les hace hablar en una pieza de teatro o en una novela, donde (el autor sabe) que su solo objeto es el de plasmar el tema (el habla de una conversación) de manera que sea presentable.” De ahí en fin la aversión que Peirce muestra hacia las influencias de lo literario en el habla, que acaban convirtiendo a ésta en una “espantosa jerga”. Los límites a la jerga dentro de un mismo grupo idiomático se encuentran en el punto de ruptura de la inteligibilidad interna.

V

El *conversacionalismo*, como valoración del lenguaje del habla en Peirce, se encuentra curiosamente al origen de la fundación del mismo *Pragmatismo*, en el contexto de una reunión de intelectuales y profesores de la Universidad de Harvard, en la primera mitad de la década de 1870, denominada por ellos *Club Metafísico*. Sus estatutos - tal como Peirce, ya mayor, recuerda - al contrario de lo usual en estos casos, se establecieron expresamente como de carácter estrictamente verbal. No plasmándose por escrito precisamente en aras al culto que en dicho grupo se tenía hacia la conversación - hacia el lenguaje hablado. Y como forma de evitar las reivindicaciones de *autoría* que siempre amenazan emerger en torno a lo escrito. Ya se ha hablado antes de ello. De hecho dos de los miembros del Club, Chauncey Wright, matemático, y Nicholas St. John Green, jurista, en la cuarentena, ambos tutores de la generación de Peirce, que en el momento de la fundación del Club estaban en la veintena, eran “las mentes más influyentes del grupo”. Ambos, grandes conversadores, y por lo mismo, pocos en publicaciones. No por causalidad tampoco, Oliver W. Holmes, médico y escritor, hombre de gran ironía, lindando en el sarcasmo - padre de Oliver W. Holmes Jr., miembro fundador también de este Club Metafísico, y futuro miembro del Tribunal Supremo de EEUU - era el autor de una obra titulada *The Autocrat of the Breakfast-Table*, que se convertiría en el gran manifiesto del *conversacionalismo* en el seno de una sociedad, como la bostoniana, en la que los clubs proliferaban como setas. No en balde algunas de las reflexiones de Peirce, expuestas aquí, en relación al habla y a la escritura parecen inspiradas en esta obra - que él conocía bien.

Holmes sobre la conversación: “La conversación es una de las bellas artes, la más noble, importante y difícil - cuyas más fluidas armonías pueden echarse a perder por la intrusión de una sola nota chirriante. ... la conversación, que es sugestiva más que argumentativa, que saca a la luz una gran parte de los

resultados del pensamiento de cada uno de los conversadores, y que es algo de lo más agradable y lo más provechoso!» Un comentario, que termina con una curiosa crítica a la fórmula del *diálogo* - que curiosamente el autor no parece considerar como *conversación*: «En el mejor de los casos - escribe Holmes - no es fácil para dos personas que charlan sacar a la luz la gran parte de los pensamientos de cada uno - ¡hay tantos!» Para, a continuación, lanzar una fuerte invectiva contra los que arguyen continuamente a favor de los *hechos*: «No permito *hechos* en esta mesa. ... mientras hablo.» Insinuando que los hechos son cosa del lenguaje escrito, y no de la conversación. Ésta es, para Holmes, la sola realidad, aquella que se auto-abastece de sí misma - como la música: «Charlar - escribe - es como tocar el arpa, vale tanto, para despertar su música, posar la mano sobre las cuerdas y detener las vibraciones, como tañerlas.» Uno de los *peros* que encuentro en las argumentaciones de Peirce es el casi nulo paralelo que hace entre el habla y la música, al contrariar de Holmes - y de Antonio de Nebrija en el siglo XV - al contraponer la escritura el fonetismo de la lengua hablada. Holmes se vale también de la metáfora del trabajo del alfarero con el barro para introducirnos en la plasticidad de la conversación: «El lenguaje hablado es tan plástico que lo puedes acariciar, engatusar, distribuir y recortar, eliminar y pegar todo con tanta facilidad, ... que no hay nada como el mismo para modelar. ... [Mientras que] escribir o imprimir es como disparar con un rifle - aciertas o fallas.» Por ello Holmes, de manera más o menos explícita, otorga a la conversación una función *heurística*; mientras que, de manera más o menos velada, asocia la escritura y la letra impresa al proceder *lógico*. De ahí que afirme con contundencia: «Valoro a un hombre básicamente por sus relaciones primarias con la verdad, tal como yo entiendo la verdad, no por cualquier artificio secundario en el tratamiento de las ideas.» Por lo primero alude a la conversación, por lo segundo a la lógica. De hecho escribe: «un hombre demasiado *literal* puede echar a perder la conversación de un hombre de *espíritu*.» Algo que precisa de forma más contundente en una línea afín a las *palabras aladas y no-aladas* de Peirce: «Es un mal hábito la substitución gradual de la jerga, o *términos relámpago*, por palabras que pasan a caracterizar sus *objetos*.» Holmes lo describe en términos del proceso de comunicación que se desencadena en la conversación: «Todo pensamiento real sobre cualquier tema real golpea a uno u otro dejándole sin aliento (*winged words*). Tan pronto como retoma éste, empieza muy probablemente a invertirlo en palabras firmes (*unwinged words*)» Para Holmes, la conversación es la vía de los verdaderos exploradores, tras de lo cuales vienen los lógicos.

VI

En fin, tras este *crescendo* en torno a la confrontación fonetismo-ortografía, palabra-escritura, conversación-letra impresa, pasemos a abordar la anécdota que está al origen - como señala el título - de estas reflexiones. La ocasión fue una ficha, entre las muchísimas de las que Peirce se valió para sus trabajos, en especial para sus entradas en los diccionarios, bien el *Century Dictionary*, bien el *Baldwin Dictionary*, a los que en buena medida Peirce

dedicó la última década del XIX, y principios del XX. Basta pensar que sólo para el *Century Dictionary* trabajó en unas seis mil (6.000) entradas o términos. La ficha en cuestión a la que aquí me refiero gira en torno al término *twitter*. No recuerdo realmente por qué atrajo mi atención cuando tomé nota de la misma, ya que entonces - principios de los noventa del pasado siglo - no existía lo que hoy conocemos por *twitter* en el actual sistema de comunicaciones. A Peirce le atraían palabras peculiares; unas veces por su rareza, otras por su aparente intrascendencia. Fue de hecho un bibliófilo y bibliógrafo apasionado; con una cierta querencia a veces por títulos de lo más triviales. Llegó a tener una de las más importantes colecciones privadas entonces de *incunabilia*; que a la postre tuvo que vender - faltó como casi siempre de dinero - a la Universidad John Hopkins, de la que fue profesor durante un corto período de tiempo. Un día, por ejemplo, me encontré con una ficha en la que reseñaba el término «puro» (καθαρός), aparecido en una *Oración Funeraria* en honor de Ciro, rey de Persia. El sentido de *de puro* en aquel texto y contexto - *puro*, interpretado por Peirce como estado debilitado del alma separada del cuerpo - le serviría de base para un ataque frontal a la razón *pura* de Kant - aunque la tal cita, como ocurre con otras cientos, no se reproduce en las 'entradas' elaboradas por él para los mencionados diccionarios, u otros.

De la cita en la que aparece el término *twitter* imagino que me atraería entonces - hace ya años - lo exótico de la misma. Aunque sólo recientemente - y por razones obvias - atrajera de nuevo mi atención. Se trata de una cita de los *Analítica Posteriora* de Aristóteles, en la que se pone de relieve el distanciamiento de éste respecto de las *ideas innatas* de su maestro Platón. Distanciamiento que Peirce troca en ácida crítica. El texto reza así: «[Las formas] son mera cháchara, e incluso de existir resultan irrelevantes.» Lo que hay que entender como sigue: Las *formas* son las *ideas platónicas*; aunque el nudo de la cuestión reside en el término griego al que responde *cháchara* - o algo parecido - a saber, *τερεισματα*. Un término muy raro en el mismo Aristóteles, hasta el punto de que al parecer este autor no se vale del mismo más que una vez más - o poco más - en un breve tratado de música, en relación obviamente a los sonidos musicales. En la ficha en cuestión Peirce traduce en un primer momento *τερεισματα* por *humming* (tatarear) y *twanging* (tañer) (un término éste del que Holmes en la obra ya citada sobre el *Autócrata* se vale en el sentido de *tañer* el arpa). Ahora bien, Peirce parece arrepentirse de estas dos traducciones del término *twitter*, al pasar a tacharles y a sustituirlas por este último término. Un término que, como se sabe, indica tanto al gorjeo o aleteo de las aves, como el hablar o charlar rápido sin un propósito claro. Lo curioso de esta traducción escogida por Peirce es que no se encuentra en ninguna de las traducciones al inglés de los *Analítica Posteriora* de su época - al menos de las que yo he podido cotejar - y desde luego en ninguna de las traducciones al inglés de esta obra de las que él había dispuesto en sus sucesivas bibliotecas particulares. En este sentido, se trataría así de una traducción muy particular suya, y por ello significativa y a precisar en su sentido.

En principio el problema que plantea la tal ficha reside en la dificultad de situarla de manera inequívoca en relación a una determinada problemática dentro de la obra de Peirce. No aparece explícitamente relacionada con 'entrada' alguna suya de los citados diccionarios. Y sólo aparece en su famosa

e trascendente recensión de la edición de 1871 de las obras de George Berkeley realizada por A. C. Fraser. Eso sí, cita transcrita en su original griego, y eludiendo con ello la traducción. Aunque tras lo expuesto en estas páginas, y añadiendo algunos datos, voy a intentar precisar algo más respecto al posible sentido de la traducción de *τερεισματα* por *twitter*. Y ello en conexión tanto con el debate que Peirce - siguiendo a Aristóteles - mantenía con las *ideas* platónicas en tanto ideas *innatas*, como con las *formas* y *plasticidad* de la conversación en la línea de las homéricas *palabras aladas* (επεα πτερόεντα).

Muchos y variados lugares son aquellos en los que Peirce critica la teoría de las ideas o formas innatas de Platón; pero hay uno - manuscrito - en que lo hace de forma un tanto cruel en referencia a su Cratilo - al que ya me he referido al principio. Ahí Peirce critica duramente la teoría de Platón de que toda cosa genera (*grows*) un nombre - y es más, en cierto modo, *su* nombre - calificando ello sólo de *fantástico e infantil*, sino, para mayor abundamiento, como propio de un redundante *Platón platonizante*. Lo que para Peirce está ahí en juego ahí es el *modo de producción* de las *ideas*, y en consecuencia el de los *nombres* en tanto *ideas generales*. Peirce se opone a que estas de alguna manera pre-existan como acabadas en una existencia anterior, pasando él - para entenderlas - a situarlas en el contexto en el que se gestan y conforman. Éste es el medio del *habla* - el de la charla y la conversación. Así - retomando el tema de la plasticidad del habla - escribe: «Solo deseo que la gente pueda utilizar la *charla* (*talk*), idiomática e in-imprimible, a efectos de que la lengua vernácula asuma las bellas y estéticas formas que tiende a generar (*grow*) por su gracia y vivacidad general.» Y en este proceder del *habla* - que es *twitter* en tanto *palabra alada* - es donde Peirce parece encontrar el antídoto práctico a una teoría de las *ideas* platónicas que al considerar a éstas como acabadas y estáticas las sitúa fuera de los procesos reales del saber, y específicamente de la comunicación hablada.

Ahora bien, las *palabras aladas* se identifican por algo más - y en cierto modo más relevante - que la sola creatividad fraseológica o la plasmación de un momento. Parry, un experto de la primera mitad del XX, que mejor ha entendido las fórmulas versificadoras de la épica. Homérica, hace hincapié en que para entender estas hay que prescindir en cierto modo del epíteto *aladas*, para entrar en lo que podríamos designar como la línea sintáctica del pensamiento y la versificación. Y en este sentido lo que hace el poeta que crea oralmente un poema, y no un texto escrito es «expresar una idea dada en términos apropiados, llenando justo el espacio en el verso que permite unirla a la frases que van antes y después, y que junto con aquella constituyen la frase.» En este sentido hay que entender que el poeta épico piensa y crea en términos de las fórmulas que posee, no separando en modo alguno «la idea de las palabras que la acompañan.» Fórmulas que por supuesto van bastante más allá de la habitual sujeto/predicado. En suma, «el cantor de la narrativa oral rara vez planea de antemano su frase, sino que añade verso a verso y parte de verso a parte de verso hasta que siente que ha completado y acabado la frase.» No es el caso del poeta que trabaja con la escritura y que puede sin aprietos pensar en lo que va a escribir. El cantor, por el contrario, «en la premura de su canto tiene que componer sobre la marcha a partir de versos y partes de versos establecidos hasta llegar al punto en que uno de sus caracteres empieza a hablar.» Entonces echa mano de fórmulas y de todo un

sistema de ellas que le permiten «a cada momento expresar la idea adecuada en una frase de palabras, longitud y ritmo adecuados.»

Algo muy afín - en lo esencial - a lo dicho por Parry lo adelantaba ya Peirce en sus cartas a William James. En una de ellas - de fecha 1 de enero de 1894 - escribe a éste: «No hay en tu psicología nada que pueda servir mejor a mis objetivos que tu distinción entre partes substantivas y transitivas del curso del pensamiento. Me he visto compelido a enfatizar una distinción en la lógica - correspondiente con gran precisión a aquella (tuya) - donde una de las operaciones más importantes y difíciles es la de captar al vuelo lo transitivo amarrándolo firme de forma substantiva.» Pero el término «transitivo» no acaba de gustarle a CSP, ya que tiene un uso gramatical muy específico, proponiendo a James en su lugar el de «transient», cuyo significado es el de algo *transitorio* o *pasajero*, a lo que responden la serie de pares de términos que hemos citado ya con anterioridad. De ahí que en otro lugar CSP, en referencia a la lógica del pensamiento, diga que una de las cosas más difíciles de plasmar sea el «captar al vuelo uno de los elementos transitorios (*transient*) del pensamiento y convertirlo en uno de los lugares de descanso de la mente.» Como es el caso de representar «la manera por la que (una) idea abstracta se deriva de ideas concretas.» Obviamente CSP va más allá de la función que Parry ve en las palabras aladas de Homero, en la medida en que aquél las interpreta como fórmulas adaptadas a la dicción del hexámetro, propio de la poética de la época. Cuando para CSP se trata de un mecanismo adecuado a la indagación del ser profundamente ambiguo del lenguaje mismo. De ahí que, en otra carta a James de 28 de enero de 1894, escriba: «Homero habla de palabras aladas y no-aladas para denotar dos tipos o grados diferentes de atención. Es decir, *esto es lo que parece se dice si es que algo se dice.*» (Cursivas mías.) Indicando un tanto crípticamente la ambigüedad que el habla en su curso ha de ir resolviendo no sólo cara al intérprete, sino respecto del muy otro curso del pensamiento como tal. Lo que lo «errante» *detwitter* viene a la vez a expresar y ocultar, o también a resolver y obstaculizar.

En una metáfora afín a la *detwitter*, de Peirce, Holmes escribe que la *charla* o *conversación* «modela nuestros pensamientos, y que la ondas de la conversación los redondea como el oleaje redondea los guijarros en la costa.» Para concluir que «no se puede ser demasiado *literal* hablando.» No tiene mucho sentido - dice Holmes - pensar que el hombre «forma una vestimenta cortada conforme al patrón de una *idea*, y espera que la Naturaleza modele una figura acorde con ella.» O dicho -por CSP - de otro modo: «¿Qué clara noción nos podemos formular sobre la producción de una idea sin tener una aptitud para ella?» La mente de una persona se tensa a cada momento por una nueva idea o sensación, no volviendo nunca a sus dimensiones previas. En este sentido - dice a su vez Holmes - «ninguna idea fresca se plasma nunca en libro -aunque sí lo hacen muchas frescas mentiras.» Morellet - por introducir un testimonio de aquel siglo que fue el de la *conversación* en los Salones de París del XVIII - en su escrito *Sobre la Conversación*, pone así mismo límites a las difícilmente manejables formas o ideas innatas, las cuales - escribe - no pueden convertirse en *ideas precisas* «hasta que no se han debatido y sometido a la prueba de la *conversación*».

Finalicemos con un interrogante sobre el futuro de la *conversación*, sometida hoy a la prueba de los sistemas contemporáneos de comunicación como es el

actual *twitter*. Peirce parece adelantarse a este problema con una expresión, ya citada aquí, pero que puede servirnos de prospección sobre el futuro de la conversación en el actual contexto tecnológico de la comunicación: «Hasta que la cuestión se revolucione por completo las expresiones de la lengua serán palabras aladas ...». No hay duda que él preveía tales cambios, de cuyos primeros pasos no sólo era testigo, sino también activo autor. ¿Se refería a la actual revolución tecnológica, o a alguna otra, por la que la conversación sería eliminada por las nuevas técnicas de comunicación, o más bien al contrario? ¿Qué relación hay entre el actual *twitter* en las comunicaciones con el pergeñado por CSP en torno a la idea homérica de las *palabras aladas*? Quizás a este respecto sea interesante saber lo que CSP pensaba de sí mismo, cuando en una carta a su amigo, y en cierta manera discípulo suyo, el filósofo de Harvard Josiah Royce, afirma ser -concesivamente dicho: junto a éste - un filósofo para el siglo XXI.

REFERENCIAS

- **Holmes, Oliver W.** *The Autocrat of the Breakfast-table* (1857). Oxford University Press, London, N.Y., Toronto & Melbourne, 1909.
- **Nebrija, Antonio de.** *De vi ac potestate litterarum*. Salmantice, 1503.
- **Parry, Milman.** *The making of Homéric verse. The collected papers of Milman Parry*. Ed. by Adam Parry. Oxford, at the Clarendon Press, 1971.
- **Peirce, C.S.** *Letters to William James (January 1894)*. L 224, Houghton Library. Harvard University.
- **Peirce, C.S.** *Collected Papers*, Harvard University Press, ed. by Ch. Hartshorne & P. Weiss 5th. Ed. 1980, vol. III (3.424 y 559)
- **Peirce, C. S.** *An Apology of Modern English*. Ms. 1178, Houghton Library, Harvard University.
- **Id.** *An Apology for English Spelling*. Mss. 1179, 1180. Houghton Library, Harvard University
- **Id.** *The Editor Manual. English Spelling*. Ms. 1181, Houghton Library, Harvard University.
- **Id.** *English Spelling*. Mss. 1182, 1183, 1184. Houghton Library, Harvard University
- **Id.** *Spelling*, Mss. 1186, 1202. Houghton Library, Harvard University
- **Id.** *To the Editor of the Nation*. Ms. 1204. Houghton Library, Harvard University
- **Id.** "Fraser's The Works of George Berkeley", en: *North American Review*, nº 113 (Oct. 1871), 449-472.
- **Vericat, José.** *Charles S. Peirce. El Hombre, un Signo. (El Pragmatismo de Peirce)*. Selección, traducción y presentación. Editorial Crítica. Barcelona, 1988.